

Alisio

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



JUANA CASTRO

Año V n° 1
Junio 2021

Juana Castro (Villanueva de Córdoba, Los Pedroches, 1945) es Medalla de Andalucía 2007 y Premio Nacional de la Crítica 2010. Autora, entre otros, de los poemarios Arte de cetrería, Fisterra, Del dolor y las alas, Cóncava mujer, El extranjero, Los cuerpos oscuros o No temerás, reeditados estos dos últimos en 2016. Narcisia y Del color de los ríos se tradujeron al inglés.

Traducida parcialmente al francés, neerlandés, polaco, catalán y chino, es autora de la biografía María Zambrano (2016) y del texto en prosa Valium 5 para una naranjada (1990). Miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, es columnista, maestra, crítica literaria, madre y abuela.

Ha recibido, entre otros, los premios Juan Ramón Jiménez, San Juan de la Cruz, Jaén, Carmen Conde, Carmen de Burgos y Solienses. Las antologías críticas Alada mía (1995), La extranjera (2006) o Heredad seguido de Cartas de enero (2010) fueron dando noticia de su obra. En 2018 se publicaron Antes que el tiempo fuera (Hiperión, Premio Ricardo Molina Ciudad de Córdoba) y la antología nunca estuve tan alta (Sabina ed.).

Su página web es www.juanacastro.es



Foto cedida por Juana Castro

JUANA CASTRO

MEMORIA DE LA HIERBA

Dispuso sus cabellos,
sacudió las pavesas
oscuras de los ojos,
midió sobre sus yemas una brizna rosada,
soltó la falda triste
y apareció desnuda.

Ni diosa, ni dulce ni serpiente.

La verdad de su carne
sola en lluvia o en tacto.

Memoria de la hierba,
desde el talón tensada.

Alisó una última
estela fervorosa
y supo, inexorable, que no existe
Paraíso o espadas.

CLAROR

Eran tristes las sombras del anochecer.
A la luz del carburo, repartías
la sopa del invierno.

Yo no sabía entonces la aflicción
en tus manos, la cantarera oscura, ni el llanto
de los pozos. Hasta que ayer, de pronto, vislumbé
en las calles a las mujeres fuertes que contigo enlucieron
las paredes y el suelo de la historia.

Blancas de cal y brillo, ayer
todas las casas refulgían.
Las ventanas, las puertas, el dintel, los balcones.

Cuánto trabajo, madre, la limpieza
sin fin de los inviernos, la purgación
de las celebraciones y la limpieza clara
de esculpir el sol de los veranos.

Madres arrodilladas, madres
del lebrillo y la escoba,
del trajín y la espuma por las cámaras.

Resplandece hoy el pueblo, madre
del agua medianera y la dehesa.

Casas altas de estropajo y de luz,
mayo en el patio, arcoíris de fuego
las macetas, madre que atraviesas los campos
del hambre y la langosta, con tu hoz
encendida en geranios, golondrinas y hortensias.

*Edición limitada para suscriptores
fundada por Pino Ojeda en 1952
en Las Palmas de Gran Canaria
y recuperada por la
Fundación Canaria Pino Ojeda
en junio de 2020.*